

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Debate sobre el poder popular y la transición al socialismo.

Manuel Martínez.

Cita:

Manuel Martínez (2015). *Debate sobre el poder popular y la transición al socialismo. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/354>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**Venezuela 2015:
Una mirada dentro de la revolución
Debate sobre poder popular y transición al socialismo**

Manuel Martínez*

-I-

El debate sobre el curso la revolución bolivariana, más aún teniendo en cuenta el carácter vertiginoso de los acontecimientos políticos que se suceden en Venezuela, siempre corre el riesgo de quedar encapsulado en tal o cual coyuntura. Sin duda las coyunturas provocan cambios, incluso en algunos casos cualitativos, pero creemos necesaria –en la medida de nuestras posibilidades– una reflexión más orgánica sobre los diferentes aspectos de ese extraordinario proceso de singulares transformaciones que ya lleva 16 años, algo más de lo que va del siglo XXI.

La nuestra es una reflexión militante desde la izquierda popular. No es por lo tanto “neutral”, no podría serlo. Y debemos decir que cualquier visión de ese tipo tiene siempre un carácter ilusorio, ya que, en cualquier caso, se la construye siempre desde uno u otro ángulo, desde un determinado posicionamiento político-social. Por lo tanto, animados a entrar en el debate, escribimos estas líneas claramente situados: con el cerebro y el corazón nos sentimos parte del proceso revolucionario venezolano. Otra cosa diferente es tener una visión romántica o acrítica de ese proceso, lo cual sería políticamente irresponsable, más aún por todo lo que significa la revolución bolivariana para Nuestra América. En este sentido, y queremos decirlo desde el principio, no compartimos ninguna justificación de los problemas o dificultades realmente existentes en el proceso venezolano. Cualquier revolución se fortalece con la crítica, más aún si ésta proviene de sus propios protagonistas, es decir si se trata de una crítica dentro de tal revolución. Modestamente, debemos aprender a decir “lo incorrecto”, incluso equivocándonos, aprendiendo en esto del Che y del propio Hugo Chávez. Otra cosa diferente es sostener posiciones dogmáticas, que en realidad van más allá de su carga de “críticas exageradas”: miran al proceso venezolano desde una suerte de manual de bolsillo, desde una imaginaria “teoría de la revolución”, ya sea apologética de los “modelos” revolucionarios del siglo XX, o de las “revoluciones desde abajo” erigidas como “nuevos modelos” en esta nueva época. Todo esto sólo permite liberar ciertas angustias, encontrando siempre tal o cual defecto, tal o cual deformación del proceso que realmente está en curso para descalificarlo de raíz e imaginar que podría haber otro proceso que encaje en alguno de esos “modelos”.

Un resumen de 16 años

Interpretando un diálogo sostenido con Javier Biarreau,¹ quien nos resumió en algunos ejes el significado de la revolución bolivariana, pero también intentando transmitir nuestra propia percepción de ese singular y extraordinario proceso, podemos decir lo siguiente:

* Miembro del Consejo de Redacción de *Herramienta* y militante del Movimiento Popular Patria Grande de Argentina.

1.- La revolución bolivariana quebró en un espacio-tiempo relativamente corto la hegemonía neoliberal en el continente, desde la insurgencia del comandante Chávez el 4 de febrero de 1992, pasando por su acceso al poder político en 1998 y el proceso de la Asamblea Constituyente en 1999, proyectándose durante la primera década de este siglo XXI. Para cualquiera que recuerde lo que significó el imperio del neoliberalismo en Nuestra América, este es un dato contundente. No decimos con esto que el neoliberalismo haya desaparecido definitivamente en esta región del mundo, pero sí que es imposible negar la ruptura del consenso político y de algunos sectores sociales que existía al respecto al finalizar el siglo XX.

2.- El proyecto orgánico de Chávez –más aún visto desde ahora– se basó en su propia lectura de las potencialidades realmente existentes en el movimiento popular, que se habían expresado de manera caótica en esa gran rebelión que fue el Caracazo de 1989. Lo realmente inédito es que desarrolló ese proyecto entrelazándose con tales potencialidades, apuntando a su crecimiento, al protagonismo y al poder popular. No buscó “recomponer el orden en términos progresistas”. Asumió, desde el principio, que el nefasto orden opresor de la IV República² no podía ser heredado. Impulsó una ruptura, basándose en la movilización popular y alentándola, una nueva construcción institucional, incluso paralela a la existente, buscando la transformación del Estado y de las relaciones de poder.

3.- El método elegido –después de la fallida insurgencia militar-popular de febrero de 1992– fue apelar al voto popular, no sólo para alcanzar el gobierno, lo cual se consiguió al finalizar 1998, sino nuevamente, de la misma manera, en 1999, consultando al pueblo para la instalación de una Asamblea Constituyente que debía sentar las bases del proceso que se estaba iniciando: una verdadera refundación democrática y popular de Venezuela. De esta manera, la Asamblea Constituyente, respaldada por más del 80% de los votos válidos, estaba destinada a crear una nueva Constitución que desde entonces sería el instrumento político central de las transformaciones revolucionarias. Es importante señalar que los partidos políticos de la burguesía participaron en la Constituyente con una minoritaria representación, ya que habían sido prácticamente barridos de la escena.

4.- La revolución bolivariana –más allá de sus dificultades y contradicciones– rompió también con el consenso existente respecto de que la política económico-social debía basarse siempre en la centralidad de las variables macroeconómicas. Por esto también, subrayémoslo, es una revolución. Colocó en un primer plano la inversión social, desarrollando de manera inédita una política redistributiva de la inmensa renta petrolera.

¹ Sociólogo venezolano, militante de izquierda, trabajó como asesor en diferentes áreas del gobierno bolivariano; es docente en la Universidad Central de Venezuela y escribe en diversas publicaciones, entre ellas en la revista *Herramienta* de Argentina.

² Período comprendido desde 1830, cuando Bolívar fue definitivamente derrotado por la oligarquía y la naciente burguesía de Venezuela y se dividió la Gran Colombia. La última etapa de la IV República corresponde al período iniciado a fines de los años 50 del siglo XX, luego de la rebelión popular que expulsó del poder a la dictadura de Marcos Pérez Giménez. Su característica fue el “Pacto de Punto Fijo”, mediante el cual se alternaban en el poder los partidos Acción Democrática (socialdemócrata) y COPEI (socialcristiano). Este contubernio oligárquico y entreguista culminó con la llegada al gobierno de Hugo Chávez a fines de 1998.

Dicho de otra manera, a diferencia de los gobiernos neodesarrollistas latinoamericanos que colocan tal inversión –a la cual llaman “gasto social”– siempre condicionada a la preservación de los intereses de las élites que manejan la macroeconomía, o a lo sumo negociando con tales grupos concentrados de poder económico, en Venezuela se reventó esa lógica imperante, lo cual significó una ruptura cualitativa con la burguesía y el imperialismo. El rescate de la renta petrolera por parte del Estado, lo cual permitió la constitución de las Misiones³ con inmensas inversiones en vivienda, educación, salud, infraestructura, transportes, cultura, etc., sobre todo después de la derrota del intento de golpe de 2002 y del paro-sabotaje petrolero de 2002-2003, dio lugar a un nuevo escenario de confrontación: las clases históricamente dominantes, que durante más o menos nueve décadas se habían apropiado a su regalado gusto de la renta petrolera, se vieron cada vez más acorraladas y el pueblo pobre –ese pueblo sufrido y siempre castigado– cada vez más empoderado.

5.- Haber comprometido a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana con el proceso revolucionario. Se trata también de un hecho inédito en el escenario continental, más aún teniendo en cuenta el rol antipopular que cumplieron las instituciones armadas en nuestros países y especialmente en Venezuela durante la IV República. El origen militar de Chávez, así como su propia militancia política entre sus camaradas de armas, es decir entre la oficialidad joven e intermedia de los años 90, fueron factores decisivos para que pueda iniciarse la efectiva transformación de un aparato reaccionario frente a cualquier propuesta de cambio social en nuestro sentido. Después del fallido golpe de 2002, en el que se puso en evidencia que había sectores de la Fuerza Armada comprometidos con la derecha pro-imperialista, se inició una depuración de manera atípica. Comenzó un trabajo político-ideológico de carácter institucional, es decir una mutación de las instituciones castrenses, replanteando sus fines y poniendo en el centro el ideario de Bolívar: deben levantar su espada en defensa de las garantías sociales, en defensa del pueblo protagonista de la revolución, como parte de él. Esto significó una inversión de términos, una ruptura real con la doctrina de “seguridad nacional” hasta entonces expandida por el Pentágono en América Latina, y en términos propositivos la vigencia del pensamiento bolivariano.

6.- La cuestión de la integración regional en diversos planos fue reimpulsada por la revolución bolivariana, asumiéndola como cuestión estratégica y no simplemente diplomática. Chávez fue un operador clave en esta recomposición geopolítica, primero fortaleciendo a la OPEP –Venezuela cuenta con las mayores reservas de petróleo a nivel mundial–, levantando los precios del petróleo desde 2002 en adelante. Y compensando ese aumento de los precios con elementos de integración energética en el escenario regional, favoreciendo a los países carentes de petróleo. Esto se concretó con la creación de PetroCaribe⁴ y con el impulso de acuerdos energéticos con otros países de América Latina. Por otra parte, la fundación de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), así como la derrota conjunta del proyecto imperialista de crear el Área de Libre

³ Nombre de los programas sociales de la revolución bolivariana para cumplir objetivos determinados. Véase Modesto Emilio Guerrero: *Venezuela 10 años después/Dilemas de la revolución Bolivariana*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2009.

⁴ Alianza entre Venezuela y algunos países del Caribe en materia petrolera. Fue propuesta por el presidente Hugo Chávez en 2005.

Comercio para las Américas (ALCA) producida en la Cumbre de las Américas realizada en Mar del Plata (Argentina) en 2005, pero también la fundación de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), así como de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), son todos logros –dibujando distintos anillos concéntricos– de esta política de integración en términos de soberanía. Concluyendo este punto, podemos decir que en gran medida Chávez aceleró el proceso de crisis del Consenso de Washington. Sin ningún tutelaje –aclaremos: nunca fue su pretensión– permitió que en este sentido se aceleraran diferentes procesos existentes a escala continental.

7.- Aunque sigue siendo materia pendiente, porque en realidad está a medio camino, la revolución bolivariana volvió a colocar la importancia estratégica del poder popular en nuestra región. No estaba en el horizonte, como aspecto clave de la transformación revolucionaria, por lo menos desde la experiencia chilena de los primeros años 70. Colocó al poder popular como instrumento del cambio, dejando al propio gobierno en un segundo plano por lo menos en el planteamiento. El ciclo del liderazgo político de Chávez va de la Asamblea Constituyente al gobierno, del gobierno a la política nacional e internacional, y tiene un punto de llegada fundamental cuando comienza el impulso de la transformación del Estado desde la democracia participativa y el poder popular. A partir de esto es necesaria una reflexión, es necesario un debate que está relacionado con los últimos años sin Chávez, en el sentido de lograr una comprensión cabal del poder popular y de su ejercicio real. El poder popular, con toda la importancia que tiene, queda indefinido en su propia sustancia: ¿es exclusivamente poder comunal, es decir de las Comunas, que se basan en los Consejos Comunales? Dicho de otra forma: ¿es exclusivamente un poder desplegado en los territorios donde se asientan los Consejos Comunales? ¿Es también el poder obrero, el poder estudiantil, el poder de las mujeres, de los movimientos sociales o de fuerzas sectoriales? Este debate sigue abierto.

8.- Un último aspecto, que tiene una gran trascendencia en los días que vivimos, es la importancia vital de haber propuesto el socialismo del siglo XXI. La última década del siglo XX estuvo atravesada por la crisis irreversible del entonces llamado “socialismo real”. La caída del Muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y de los regímenes de Europa del Este, así como la apertura de China al capitalismo y el aislamiento de Cuba, dieron lugar a que los teóricos de un imaginario “pensamiento único” proclamaran el reino absoluto del mercado y “la muerte del socialismo”. La izquierda y sus expresiones en el movimiento obrero y popular fueron puestas a la defensiva, casi aceptando que el socialismo no era posible, pasando a refugiarse en la negatividad, las ideas “anti”: anticapitalismo, antiglobalización, etc. La revolución bolivariana, desde 2005, por medio de su gran pedagogo, propuso a contracorriente una idea-fuerza, realmente propositiva: el socialismo del siglo XXI, no como “modelo” sino como desafío de “creación heroica” en cada realidad concreta de nuestro continente y del mundo. Este aporte, que no significa en sí mismo una “nueva teoría de la revolución”, replanteó o delineó de otra forma el horizonte de liberación de nuestros pueblos.

El liderazgo de Chávez

Despojándonos de la idea de que el liderazgo de las revoluciones es algo relativo y hasta contraproducente, idea basada en la sustitución del pueblo protagonista por el protagonismo

de los líderes, no dudamos en señalar claramente que el rol cumplido por Hugo Chávez fue pocas veces visto y sentido en la historia de nuestros pueblos. Este señalamiento remite a muchas discusiones, en especial con quienes en la actualidad hacen apología de los procesos “desde abajo” o imaginariamente “horizontales” y al mismo tiempo se dicen defensores de la revolución bolivariana. Esta revolución se inició “desde abajo” con el Caracazo de 1989, pero tuvo una ventaja, digámoslo así, al producir un líder indiscutido, reconocido por todo el pueblo protagonista, por las diversas expresiones de las clases populares, ya sea por los/las trabajadores/as, los/las campesinos/as, los/las comuneros/as, los/las pobladores/as de los cerros, etc. El surgimiento de este liderazgo, como ya lo hemos dicho, no significó sustitución alguna sino más bien la conformación de una relación permanente, de ida y vuelta, de “abajo” hacia “arriba” y viceversa. Chávez, efectivamente, no sólo fue elaborando un proyecto orgánico sino que lo recreó apelando a la movilización popular. En ese recorrido abrió las compuertas para que se habiliten nuevas y diversas expresiones de protagonismo popular. Esto permitió que el proyecto fuera avanzando, adquiriendo un gran dinamismo, replanteando una y otra vez sus diferentes dimensiones hasta llegar a la creación del Plan de la Patria⁵ y al Golpe de Timón.⁶

Ese rol, sin duda extraordinariamente pedagógico para el pueblo, difícilmente podía ser reemplazado luego de la desaparición física de Chávez el 5 de marzo de 2013. Se han hecho muchas críticas al liderazgo de Chávez, no sólo –desde luego– de parte de los representantes de la burguesía y de sus medios, alimentando su odio de clase, sino también desde las propias organizaciones populares y la izquierda. Una de ellas apunta a un hiperliderazgo concentrado, algo que el mismo Chávez reconoció relativamente como un problema en la última etapa de su vida. Otras críticas sostienen que no se construyó una dirección colectiva, lo cual formalmente es cierto, pero la práctica real de Chávez fue trabajar con todos los sectores, con las organizaciones y los movimientos que expresaban diferentes reivindicaciones y distintos puntos de vista. En fin, estas y otras críticas, que seguramente contribuyen al necesario balance del rol de Chávez, surgen o se resaltan en la actualidad casi como resonancia.

El hecho concreto, siguiendo con lo dicho, es que la sucesión presidencial asumida por Nicolás Maduro, quien asumió en abril de 2013, no tanto por el estrecho margen con el que derrotó al candidato consensuado de la derecha, Henrique Capriles –Maduro: 50.61%, Capriles: 49,12%–, sino más bien por lo que significaba hacerse cargo de la sucesión del líder de la revolución, nunca pudo haber tenido –incluso si ganaba por un porcentaje mayor– el mismo lugar, la misma dimensión o la misma presencia político-social de su antecesor. No es nada menor hacer esta reflexión: en ningún caso “debilita” la actual conducción del proceso, más bien permite situarse correctamente en la realidad presente de la revolución bolivariana. La derecha ha utilizado mucho esta diferencia de liderazgo: “con Chávez no pasaban estas cosas”, lo dicen actualmente, refiriéndose, por ejemplo, al

⁵ Teniendo como base la propuesta del presidente Hugo Chávez se elaboró el Plan de la Patria, subtítulo Segundo Plan Socialista de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2013-2019. Fue discutido por movimientos y organizaciones populares; luego fue presentado a la Asamblea Nacional por el presidente Nicolás Maduro para su aprobación.

⁶ Se conoce como Golpe de Timón a la última intervención del presidente Hugo Chávez en el Consejo de Ministros de la República Bolivariana de Venezuela, en diciembre de 2012. En ella planteó lo que debería ser el “nuevo ciclo de la revolución bolivariana” y la orientación del gobierno durante el período 2013-2019: habló de la crítica y autocrítica, la eficiencia y la aceleración de la construcción de las comunas entre otros temas.

desabastecimiento o a la elevada inflación, eludiendo con el mayor cinismo su propia responsabilidad. Esta perversa utilización busca auparse en el símbolo, en toda la simbología de aquel liderazgo indiscutible que sigue viviendo en la sociedad profunda. Es absolutamente cierto que la gente extraña a Chávez, y la burguesía lo sabe muy bien. Esta “lumpenburguesía”⁷ expresa todo su odio por haber perdido el control de la inmensa renta petrolera, por haber sido desplazada de su manejo, pero no ha perdido definitivamente su poder. Esto le permite seguir horadando, aunque relativamente, en el llamado “imaginario social”.

Crisis y fracaso de la burguesía

El escaso margen con el que Maduro ganó las presidenciales de 2013, envalentonó a la derecha, más aún utilizando todos los recursos nacionales e internacionales de su “conjura mediática” contra Venezuela. Casi de inmediato, sin mayor éxito, comenzaron a impulsar acciones callejeras no sólo contra el gobierno sino contra el proceso revolucionario. Sin embargo, muy lejos de que se tendiera un cerco contra el gobierno a partir de las elecciones municipales y de gobernadores realizadas en diciembre de 2013, tal como querían los representantes políticos del imperialismo y de la burguesía, los resultados mostraron que el pueblo chavista intuía ese peligro. En ese contexto, el Gran Polo Patriótico (GPP), la coalición política de las fuerzas bolivarianas, con el lugar central del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), ganó 240 de las 337 alcaldías existentes en el país, alcanzando un 48,69% de la votación, mientras que la Mesa de Unidad Democrática (MUD), que reúne a toda la derecha, sólo llegó al 39,34%, casi un 10% menos que la votación obtenida por Capriles meses antes. Paralelamente, en las elecciones de gobernadores, el PSUV ganó en 20 de los 23 estados que conforman el mapa político venezolano. Estos datos contundentes expresan que hubo una importante movilización política del pueblo en defensa de su revolución. De todas maneras, habrá que ver lo que suceda en las elecciones para la Asamblea Nacional que se realizarán en este 2015. Si tenemos en cuenta el giro conservador que se avizora en Sudamérica, así como el impacto del sabotaje que afecta a la economía familiar, la repercusión de la reciente amenaza del imperialismo, el malestar existente con la burocracia estatal, etc., es posible que el chavismo enfrente mayores dificultades. En este sentido, tales próximas elecciones constituyen todo un desafío para el gobierno bolivariano y para la revolución misma. Debemos señalar que la derecha –más aún luego de perder las elecciones municipales y de gobernadores– avanzó en su confabulación con la idea de que no podían esperar que Maduro culminara su período constitucional de seis años. Tuvieron diferencias y finalmente el sector más belicoso: Voluntad Popular, liderado por Leopoldo López, irrumpió en la escena en febrero de 2014 dando luz verde a su plan denominado “La Salida”. Volvieron a las calles, utilizando paramilitares colombianos, lumpenes y demás, pero también movilizando a sectores juveniles de la clase media.⁸ Los hechos son bastante conocidos: causaron innumerables destrozos, cobraron decenas de vidas, etc. Pero debemos subrayar que –con todo lo que se vivió en Venezuela en febrero y marzo de 2014– no se trató de una

⁷ Tomando la definición de André Gunder Frank contenida en su libro *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*, Editorial Laia, Barcelona, 1972.

⁸ Véase: Modesto Emilio Guerrero, *Una revuelta de ricos/Crisis y destino del chavismo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2014.

movilización social cualitativa que lograra desestabilizar al gobierno. E interesa subrayar también que “La Salida” fue promocionada por los medios globalizados –por eso una “conjura mediática”– mostrando al mundo entero que el escenario era prácticamente el de una guerra civil. Una vez más, la terca realidad demostró que la derecha no tenía –ni creemos que la tenga ahora– la capacidad de romper la unidad popular existente en torno a la revolución bolivariana. Intentó utilizar el descontento que realmente existe, ya sea por los problemas de la economía cotidiana de nuestra gente, por los manejos de la burocracia, por los negociados realmente existentes de la boliburguesía, etc., pero no pudo, comprobó que no pudo salir de sus propios bolsones, que no tiene credibilidad en el pueblo o que claramente no tiene pueblo.

Diego Bautista Urbaneja, un analista político de la derecha, lo reconoció tiempo después:

El descontento es mucho mayor que la oposición y en ese descontento hay una franja de ciudadanos que, puestos a escoger entre oposición y gobierno, quién sabe para dónde agarran. No es nada seguro que sea para la oposición. Entonces la oposición debe copar ese descontento. Tal diferencia, al parecer, no es percibida por muchos dirigentes políticos. Creen que el 70% de quienes consideran a este gobierno como “malo” son de oposición, y eso no es así.⁹

En esa idea de “copar” el descontento podría existir una propuesta de acumulación de fuerzas, no sólo políticas sino sobre todo sociales, lo cual, evidentemente parece muy difícil que esta gente pueda lograrlo. Están pagando así no sólo su beligerancia contra la revolución bolivariana: están pagando el haber sido los artífices de la “Venezuela saudita”, de la IV República que –con su propia forma de democracia– castigó duramente al pueblo pobre. Y no es que en Venezuela –desde 1999, tal como hemos tratado de explicarlo antes– hay un gobierno que consideró “la cuestión social”, lo que hay realmente es una revolución enraizada que vive material y espiritualmente en los/las de abajo.

El aporte de Petróleos de Venezuela (PDVSA) al desarrollo social –entre 2001-2013– de 207.913 millones de dólares, publicitado como “distribución popular de la renta... petróleo para abatir la pobreza, expandir las fuerzas productivas...”,¹⁰ permitió, por ejemplo, que hasta 2014 se hayan entregado 600.000 viviendas como parte de un plan que proyecta llegar a 2 millones de viviendas nuevas y equipadas en 2019. El acceso a la tierra por parte del campesinado; a la educación para todos/as, habiéndose eliminado el analfabetismo; a la salud en los barrios populares; a la cultura con diversas creaciones, etc.; pero además teniendo en cuenta que hoy el pueblo come tres veces al día, cosa que no ocurría hace 16 años, hacen parte de una nueva realidad que la lumpenburguesía venezolana no puede tolerar. Todo esto está en la base de su “protesta”, de sus famosas “guarimbas”, de su demanda de “democracia”. Y si hablamos de nueva realidad, estamos hablando también de la construcción de una nueva nación popular, es decir de algo trascendental que merece ser debatido y asumido con todos sus contenidos.

Las dificultades

⁹ *El Universal*, Caracas, 29/06/2014.

¹⁰ Aviso publicado en *Vea*, Caracas, 1/7/2014.

Aunque la burguesía no está en el gobierno, ni directamente ni a través de sus representantes, lo cual es imposible obviar cada vez que se habla de la Venezuela actual, ejerce reales presiones, sobre todo por su injerencia en el mercado. Pero no se trata sólo un problema interno, es también externo, por así decirlo, porque el imperialismo no ha dejado de hostigar al proceso venezolano, justificando todo lo que hacen sus aliados contra la revolución. El capital financiero –cada vez más globalizado– ejerce también una presión constante. Cuestionan la distribución social de la renta petrolera, pero además no aceptan que exista algún tipo de planificación de la economía. Estas presiones, que se expresan cotidianamente, apuntan, por ejemplo, a nuevas devaluaciones de la moneda; alientan además el mercado negro, planifican el desabastecimiento de tal o cual producto de primera necesidad, etc. Ninguna revolución, por cierto, es un lecho de rosas, sobre todo en este plano, pero, el carácter atípico o singular de la revolución bolivariana hace que deba enfrentar estas presiones en el nuevo contexto planteado desde el 5 de abril de 2013: 1) ausencia del liderazgo de Chávez; 2) existencia de una burocracia estatal que en la actualidad, más que en el período anterior, busca defender intereses sectoriales y negociados propios; y 3) ausencia de una movilización popular sostenida que libere todas sus fuerzas y arrincone definitivamente a la burguesía.

El gobierno de Nicolás Maduro evitó una respuesta popular contundente cuando se produjeron las “guarimbas” de febrero y marzo de 2014. Esa política, por cierto coyuntural, fue seguramente correcta: fue el resultado de una lectura apropiada de esa aventura reaccionaria carente de mayor respaldo. Sin embargo, la convocatoria a las “mesas de diálogo” con sectores patronales y de la oposición, que tampoco podríamos decir que en sí misma fue incorrecta, no contó con la simpatía del sujeto activo de la revolución y no dio resultados positivos, en el sentido de descomprimir esa presión. Tales “diálogos”, finalmente, se frustraron y no se conoce de manera transparente todo lo que allí se negoció, aunque sea en forma parcial, con lo cual se generó un clima de incertidumbre. En el “imaginario social” quedó la idea de que se hicieron concesiones, aunque éstas, de haber existido realmente, no torcieron el rumbo del proceso. Lo cierto es que, pasada la tormenta, además –como ya dijimos– exagerada por los aparatos mediáticos, el problema central era el mantenimiento del equilibrio entre los diferentes sectores que componen el gobierno. Coincidiendo con diversos analistas del proceso, podemos decir que estos sectores son tres: 1) el que dirige PDVSA y que por lo tanto tiene una injerencia clave para la política económico-social; 2) el de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, que también tiene un rol fundamental, más aún –tal como lo señalamos antes– desde su reconversión impulsada por el propio Chávez; y 3) el sector político, cuya figura central es Nicolás Maduro, quien fue propuesto como sucesor del líder de la revolución y refrendado por el voto popular. El equilibrio entre estos tres bloques, que seguramente tienen múltiples ramificaciones, significa, concretamente, distribución de cuotas de poder, que, en uno u otro caso, no siempre benefician por igual a ese movimiento popular que viene sosteniendo la revolución bolivariana desde hace 16 años. Y tal vez en esto, más allá de que se impulsen y reimpulsen políticas de intercambio con los sujetos protagonistas, por ejemplo los Consejos Presidenciales de Gobierno Popular¹¹ que se vienen realizando con distintos sectores, haya varios nudos difíciles de desatar.

¹¹ Mecanismo para la participación directa de diferentes sectores en las decisiones del gobierno, por ejemplo comunas, mujeres, juventud, etc.

En este contexto, el III Congreso del PSUV, realizado en julio de 2014, generó posiciones encontradas. Casi todos los/las activistas comuneros/as y militantes de organizaciones populares con quienes hablamos, nos decían: “en ese Congreso no pasará nada”, “todo está arreglado por arriba”. Otros/as, incluso teniendo críticas a la gestión de Maduro, subrayaban su “importancia estratégica” para la continuidad de la revolución. Lo cierto es que ese Congreso, más allá de diferentes cuestionamientos a la forma de elegir delegados/as o a la presencia de una fracción importante de delegados/as natos/as conformada por gobernadores, diputados/as, etc., decidió mostrar la unidad de todos los sectores del PSUV y del gobierno, desechando todas las especulaciones que se hicieron en contrario. Pocas semanas después, todos/as los/las ministros/as pusieron a disposición de Maduro sus cargos. Posteriormente se anunció una reorganización del gobierno con “cinco grandes revoluciones” dentro de la revolución: 1) la económica-productiva, apuntando a la diversificación; 2) la del conocimiento, la ciencia, la cultura y la tecnología; 3) la de las Misiones Socialistas; 4) la revolución política del Estado; y 5) la de la construcción del socialismo en lo territorial: consolidación del “modelo comunal”. Con esto se inició un nuevo período de la revolución bolivariana, ya que, más allá de los títulos, comenzaron a diseñarse y a cobrar vida nuevas y diferentes dimensiones dentro del proceso. Muy lejos de colocarnos en el lugar de quienes juzgan externamente al proceso revolucionario venezolano, y muy lejos también de lecturas impregnadas de dogmatismo, consideramos, modestamente, la necesidad de colocar en el centro dos cuestiones fundamentales. La primera, siguiendo al Che, es la necesidad de impulsar un debate público, no formal sino conducente, vinculante o resolutivo de las dificultades y los errores:

La única forma de solucionar los errores es descubrirlos, hacerlos públicos, y entonces el error se soluciona; y la única forma revolucionaria es discutir públicamente los errores, los errores que nosotros tenemos... para entonces poder sacar conclusiones nuevas.¹²

Enorme criterio, por cierto. Creemos, una vez más con toda modestia, que la aplicación del método sugerido por el Che serviría de mucho, también para fortalecer el empoderamiento del pueblo. La segunda, que en realidad es la clave de todas las claves, es la participación activa del movimiento popular, es decir su propio protagonismo, la fuerza de su movilización. Sin este componente decisivo, llamado a expresarse de manera multiforme y libre, es difícil pensar en el crecimiento de esta singular experiencia revolucionaria.

-II-

Un aspecto destacado de la singularidad de la revolución bolivariana radica en la vía elegida para lograr las transformaciones políticas-económicas-sociales-culturales que viene realizando y que proyecta. Esa vía elegida –a diferencia de la revolución cubana o de la revolución nicaragüense, por citar dos revoluciones de Nuestra América en la segunda mitad del siglo XX– fue la utilización del mecanismo de la democracia burguesa para llegar al gobierno: las elecciones con voto universal. En este sentido, el actual proceso venezolano tiene un punto de contacto con el proceso que se vivió en Chile a principios de los años 70,

¹² Discurso del Che Guevara en la Primera Reunión Nacional de Producción realizada en 1961, cuando era ministro de Industrias de Cuba. María del Pilar Castañón: *Ideología y revolución/Cuba, 1959-1962*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

que también con la utilización de las elecciones se propuso la “vía pacífica al socialismo”. Sin embargo, en un contexto histórico diferente, y a su vez repasando las lecciones de las experiencias revolucionarias precedentes, la revolución bolivariana marcó una ruptura fundamental con el funcionamiento retardatario de las instituciones democrático-burguesas. Lo pudo hacer a partir de una nueva y pujante acumulación de fuerzas iniciada con el Caracazo de 1989, una acumulación que se potenció con la insurgencia militar-popular de 1992 dirigida por Hugo Chávez y por el triunfo electoral de 1998 que destruyó a la partidocracia del Punto Fijo. Chávez asumió el gobierno en 1999 jurando por una Constitución “moribunda”, para dar paso de inmediato a un inédito proceso de participación popular que culminaría en pocos meses con la proclamación de una nueva Constitución, que, como ya dijimos, significó el inicio de una ruptura con la institucionalidad preexistente.

La propuesta de crear una nueva Constitución no podía refugiarse en los debates de la superestructura institucional. El pueblo fue convocado a decidir mediante un referéndum constitucional –abril de 1999– que contenía dos preguntas: la primera planteaba la convocatoria a una Asamblea Constituyente “con el propósito de transformar el Estado y crear un nuevo ordenamiento jurídico que permita el funcionamiento de una democracia social y participativa” –obtuvo el 87,75% de los votos–; la segunda planteaba si se acordaba o no con las “bases propuestas” por el gobierno para esa convocatoria –obtuvo el 81,74% de los votos–. Y luego de que la Asamblea Constituyente redactara la nueva Constitución, definida como bolivariana, se convocó nuevamente a un referéndum popular –diciembre de 1999– para ratificarla o rechazarla: los resultados fueron 71,78% a favor y 28,22% en contra. Es importante detenerse en esto subrayando dos aspectos constitutivos de la revolución bolivariana. El primero: el método empleado fue apelar a una doble consulta popular, antes y después de la redacción de la nueva Constitución, algo absolutamente inédito. El segundo: empezando su andar, es decir antes de las transformaciones que posteriormente se pondrían en marcha, el pueblo proclamó una Constitución que habilitaba una nueva y diversa legislación que contenía la creación de una institucionalidad paralela a la del Estado burgués existente. Esto último, seguramente, es materia de muchos debates, pero está en consonancia con el método elegido por la revolución bolivariana. La nueva Constitución, efectivamente, plantea un doble juego sobre el que es necesario reparar lo suficiente. Por un lado, refunda y transforma las instituciones del Estado burgués; por el otro, al habilitar una institucionalidad paralela, funda las bases de lo que podría ser un nuevo Estado basado en la democracia participativa y el poder popular-comunal. Este doble juego contiene, evidentemente, dos facetas contradictorias, pero a su vez –hace ya 16 años– viene proponiendo la transformación revolucionaria del Estado. Puede también quedar en letra muerta, lo cual significaría un enorme retroceso. Requiere, sin duda, del crecimiento del protagonismo y del compromiso popular. En el Plan de la Patria 2013-2019, Chávez señaló:

No nos llamemos a engaño: la formación socioeconómica que todavía prevalece en Venezuela es de carácter capitalista y rentista. (...) Para avanzar hacia el socialismo, necesitamos de un poder popular capaz de desarticular las tramas de opresión, explotación y dominación que subsisten en la sociedad venezolana, capaz de configurar una nueva sociedad desde la vida cotidiana. (...) Esto pasa por pulverizar completamente la forma de Estado burguesa que heredamos, la que aún se reproduce a través de sus viejas y nefastas prácticas, y darle continuidad a la invención de nuevas formas de gestión política.

Sobre el poder popular

La revolución bolivariana reintrodujo en el escenario político-social de Nuestra América la cuestión del poder popular. Si bien al promediar los años 90 la insurgencia neo-zapatista en Chiapas abrió un nuevo debate al plantear que el poder había que “construirlo desde abajo”, en contraposición a la idea vigesimónica predominante en la izquierda de que había que “tomarlo”, con lo cual se replanteó el punto de partida para el inicio de una transformación revolucionaria, lo cierto es que el concepto de poder popular irrumpió antes como novedad –y también significó un desafío para su creación– en la experiencia revolucionaria chilena de principios de los años 70. En este caso, claramente, surgió como propuesta de organización obrera-popular independiente ante las vacilaciones del gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende.¹³ Sin embargo, es necesario señalar que no surgió espontáneamente sino que fue planteado acertadamente por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria –que no integraba el gobierno–, y compartido activamente por el ala izquierda del Partido Socialista –que estaba en el gobierno–. Su mayor expresión –aunque no exclusiva– fueron los Cordones Industriales y su objetivo era defender el proceso revolucionario chileno y al propio gobierno, sin que eso significara renunciar a posiciones críticas. Dicho esto, es necesario señalar que tanto la propuesta como las expresiones concretas de poder popular que existieron en la experiencia chilena coexistieron y confrontaron con el Estado y sus instituciones. Y seguramente, esa coexistencia y confrontación-conflicto siempre estará presente en todos los casos, cualquiera sea el carácter del Estado.

En el caso de la revolución bolivariana, como una de sus características más importantes, siguiendo con el desafío de avanzar hacia una institucionalidad paralela a la del Estado burgués, hubo un impulso claro y decidido para la creación del poder popular que hoy se expresa centralmente en los Consejos Comunales y su agrupación en Comunas. Estas novedosas instituciones fueron alentadas –como ya dijimos– por la Constitución de 1999, así como por diversas leyes que se fueron promulgando en consonancia, a partir de una relación dialéctica pueblo-gobierno y gobierno-pueblo. Nada de esto, por cierto, significa que esta institucionalidad paralela discorra por un lecho de rosas. Existen numerosas críticas respecto de que la existencia de múltiples normas jurídicas relacionadas con el poder popular lo obstaculiza.¹⁴ El propio comandante Chávez, en su famoso Golpe de Timón, planteó la consigna-programa ¡Comuna o nada! como testamento político, interrogándose e interrogando por qué no había Comunas –por ejemplo– alrededor de las instalaciones productivas de PDVSA e incluso por qué no las había en torno al propio Palacio de Miraflores en Caracas. Sucede que el desafío es realmente enorme. Requiere –en primer lugar– de la comprensión, del involucramiento masivo de los/las sujetos/as de la revolución bolivariana, lo cual significa superar –efectivamente– la cultura rentista heredada, desarrollando una perspectiva anticapitalista. En este sentido es imprescindible un mayor trabajo masivo de concientización, alentando la autoorganización, el protagonismo directo, haciendo valer las herramientas existentes para extender en todos los

¹³ Rafael Kries, *Los viejos del Cordón Industrial*, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 2013.

¹⁴ Un comentario en este sentido puede verse en: Modesto Emilio Guerrero, *Una revuelta de ricos/Crisis y destino del chavismo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2014.

rincones de Venezuela el poder popular-comunal, para desarrollar y consolidar la economía y la cultura comunal, teniendo como horizonte una nueva forma-Estado comunal y la transición al socialismo. Por otra parte –y no en segundo lugar– ¡Comuna o nada! requiere de la derrota político-social de la burocracia encaramada a su modo en la revolución bolivariana. Esta revolución singular, más allá de todos sus logros, también como experimento disruptivo en la época presente y teniendo en cuenta el método elegido para emprenderla, todavía convive con una burocracia estatal y para-estatal –muchas veces disfrazada de “chavista” o de “roja-rojita”–, incluso dentro del PSUV. Esta burocracia, que prefiere la continuidad del viejo Estado, aunque tenga otro color, obstaculiza el crecimiento del poder popular. Es más, incluso a despecho de los lineamientos en este sentido del propio gobierno, antes con Chávez y ahora con Maduro, tal burocracia está metida –directa e indirectamente– en diferentes proyectos comunales, en los emprendimientos socio-productivos, en la resolución concreta de las múltiples aristas y/o necesidades relacionadas con el fortalecimiento del poder popular-comunal. El protagonismo popular –como verdadera “creación heroica”–, es imprescindible para la derrota de toda la maraña burocrática. En las actuales circunstancias, en medio de la guerra económica desatada contra el proceso revolucionario venezolano, cuando cunden reiterados llamados a destituir al gobierno bolivariano, no puede ignorarse el rol regresivo de esta burocracia, tampoco su relación –no siempre puesta de manifiesto– con la burguesía contrarrevolucionaria que controla gran parte del mercado interno de Venezuela y juega cotidianamente para derrotar a la revolución. Esta contradicción, que puede parecer secundaria respecto de la confrontación cotidiana con el imperialismo y la burguesía ajena al poder político del Estado, no puede ser ignorada toda vez que se asuma la importancia central de la construcción del poder popular.

Los Consejos Comunales –que se agregan en Comunas–, como creación de la revolución bolivariana, remontan sus orígenes en los Comités de Tierras Urbanas y en los Comités de Aguas que surgieron por iniciativa propia, es decir desde abajo, a fines de los años 90. Su objetivo, sin duda más acotado, era lograr el derecho a la tierra y a los servicios básicos. Ese proceso de movilización, con asambleas espontáneas, alcanzó en su momento una importante masividad y dio origen al Movimiento de Pobladores/as que dio impulso a la ley de alquileres para frenar los desalojos en las ciudades.¹⁵ Ésta y otras experiencias fueron canalizadas por la legislación revolucionaria.

El Censo Comunal realizado en septiembre de 2013 dio como resultado la existencia de 33.223 Consejos Comunales en todo el país, y permitió conocer la existencia de 17.322 movimientos sociales de diverso tipo. En la actualidad –según información oficial más o menos reciente– hay más de 44.000 Consejos Comunales y más de 1.600 Comunas que se agrupan en ellos. Un estimado de la totalidad de hombres y mujeres involucrados/as permite hablar de 6 millones de personas aproximadamente, es decir más o menos del 20% de la población venezolana. Estos datos tienen una contundencia enorme y no siempre son colocados en el centro de la valoración crítica de la revolución bolivariana. Es más, por lo general son ignorados y hasta desconocidos por diversos intérpretes de este proceso, ya sea por derecha o por izquierda. No está demás, también como reflexión, subrayar la importancia de relacionarse propositivamente con esta experiencia inédita de construcción

¹⁵ Micaela Ryan y Fernando Vicente Prieto, *La construcción del Estado Comunal: recorrido y proyecciones ante una nueva etapa de la revolución bolivariana*, Debates Urgentes, Año 2, N° 3, 2013.

del poder popular, apuntando a su crecimiento y a sus potencialidades transformadoras. Las Comunas –agrupadas en Consejos Comunales–, con sus asambleas y sus vocerías, expresan una forma de construcción de autogobierno, que a su vez contiene el impulso de nuevas formas productivas, la capacidad de intervenir en la distribución y ejecución de la renta del Estado, pero también la cultura de tomar decisiones, el ejercicio de derechos y una convivencia solidaria. Cuando hablamos de avances o retrocesos, debemos tener en cuenta siempre que todo esto está en juego.

Sobre la transición al socialismo y dos palabras sobre el socialismo del siglo XXI

La transición es una posibilidad. No está asegurada, y seguramente este debate está asociado a la idea de socialismo que se sustente. Chávez, que en sus primeros pasos cimentó la soberanía popular y la independencia respecto del dominio imperialista, rompiendo con el consenso neoliberal que existía en el continente, colocando la inversión social como aspecto central de la política de Estado por encima de las variables macroeconómicas, etc., hizo una contribución fundamental para el derrotero de la revolución en Nuestra América. Esa contribución clave, cuando los ideólogos del neoliberalismo planteaban “el fin de la historia”, fue precisamente la propuesta de recreación, de reinención del socialismo en este siglo XXI. Este aporte fue posible por el recorrido mismo de la revolución bolivariana, particularmente luego de la derrota del golpe de Estado de 2002 y del paro-sabotaje petrolero impulsado a fines de ese año y principios de 2003. Ante esa arremetida del imperialismo y de la burguesía venezolana, era imprescindible radicalizar la propuesta y así se hizo. De esta manera, al promediar la primera década de los 2000, surgió la idea-fuerza del socialismo del siglo XXI, una nueva invitación a la “creación heroica” que había planteado Mariátegui en los años 20 del siglo pasado. Antes de referirnos a los aspectos más concretos sobre la posibilidad de la transición al socialismo en Venezuela, consideramos importante adentrarnos en una interpretación de lo que hoy se conoce como socialismo del siglo XXI.

Es importante subrayar que –efectivamente– se trata de una idea-fuerza, una idea en movimiento capaz de transformarse con las creaciones de los/las sujetos/as de los procesos revolucionarios, una idea abierta a llenarse de contenidos en cada experiencia popular que se proponga superar al capitalismo y construir una sociedad liberada, sin explotación-opresión-alienación. No es, por lo tanto, un nuevo “paradigma” o “modelo” predeterminado, lo cual no quiere decir que su invención no contenga algunos contornos que permitan avanzar en su comprensión. Quien introdujo esta idea fue el marxista húngaro István Mészáros en su libro *El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo en el siglo XXI*.¹⁶ Jorge Giordani, compañero de Hugo Chávez desde los primeros días y ministro de Planificación hasta 2014, propició el acercamiento de Mészáros a la revolución bolivariana y en 2009 publicó *La transición venezolana al socialismo*,¹⁷ un libro en el que resume en ocho señalamientos la elaboración de Mészáros para hablar del socialismo del siglo XXI. Los comentamos:

1.- Las condiciones de irreversibilidad del proceso revolucionario. “La alternativa que se proponga debe superar de manera permanente la base de poder del adversario más poderoso que

¹⁶ Vadell Hermanos Editores, Caracas-Valencia, 2009.

¹⁷ Vadell Hermanos Editores, Caracas-Valencia, 2009 (5ta. Reimpresión, 2014).

ha tenido la historia de la humanidad, esto es, la lógica del capital”. Teniendo en cuenta la crisis estructural del capitalismo como “contexto”, “cabe la posibilidad de luchar por una alternativa diferente basada en la lógica del trabajo”.

2.- “La participación plena en la toma de decisiones de los productores asociados”, ya sea en la actividad social, económica y cultural. Contiene “el establecimiento de una genuina y no jerárquica coordinación y en consecuencia no adversarial relación entre los productores asociados” como reto “para alcanzar el socialismo y su basamento en una lógica del trabajo”.

3.- “La igualdad sustantiva como la condición absoluta de sostenibilidad”. Se trata de superar “la desigualdad imperante bajo el sistema capitalista”, así como la que existió “en la experiencia soviética de tipo poscapitalista”, considerando que ambas se sostienen en la lógica del capital: en la primera, “extracción de plusvalía por vía económica”, en la segunda “por vía política”. La “igualdad sustantiva” no es lo mismo que la “igualdad formal” de los socialismos reales del siglo XX.

4.- “La planificación y la necesaria superación del abuso del tiempo por parte de la lógica del capital”. Este señalamiento apunta a una “genuina planificación comprensiva que muestre las contradicciones y peligros realmente existentes”, como “reto a la construcción de la sociedad socialista”, en el marco de la globalización de la lógica del capital.

5.- “La necesidad de revertir las relaciones mercantiles que condicionan el logro de los valores de uso para satisfacer necesidades humanas a las del valor de cambio orientadas por una acumulación del capital”. Se trata de confrontar “la férrea determinación del consumo y la distribución de mercancías” propia de la producción capitalista en la que “unos valores de cambio... arrinconan la satisfacción de necesidades humanas y en consecuencia la realización del valor de uso de las mercancías producidas”.

6.- “Superación de la cuestión nacional versus el proceso de internacionalización que vive el sistema capitalista”. Esto incluye “el reemplazo de las relaciones antagonísticas por otras de tipo solidario”. Recreación de “un nacionalismo de tipo defensivo complementado con una posición positiva del internacionalismo”.

7.- “La necesaria reunificación de la esfera política y reproductiva de tipo material que pasa por la superación de la vía parlamentaria”, entendida como “espacio privilegiado para el reformismo socialdemócrata”. Esto comprende “la necesidad de vitalizar Asambleas Constituyentes como modos para avanzar en el camino de una transformación radical del orden establecido”.

8.- “La educación como aquella actividad que enfrentan los individuos en sus históricas circunstancias orientada al cambio radical estructural abierto en el tiempo”. Este señalamiento apunta a la construcción de una “conciencia verdadera de los retos que se le presentan a los individuos, como la conciencia socialista del desarrollo en curso, de la historia de su presente vivido y de las posibilidades de transformación posible”.

Desde luego, cada uno de estos señalamientos da lugar a diversos debates y controversias, pero constituyen una interpretación valiosa de lo que sería el pensamiento fundacional del socialismo del siglo XXI. Sólo destacaremos, brevemente, que esta idea-fuerza contiene en su horizonte la superación de la lógica del capital y la creación de la lógica del trabajo con un criterio diferente al de “la experiencia soviética de tipo poscapitalista” o de otras más o menos semejantes. Al respecto, en un intercambio de opiniones, Fernando Vicente Prieto¹⁸ nos hizo notar lo siguiente:

El socialismo del siglo XXI retoma las viejas ideas de un orden social donde prime el trabajo libre y asociado por sobre la opresión del capital; y se caracteriza por incorporar con mucha

¹⁸ Militante del Movimiento Popular Patria Grande e integrante de la Brigada Eva Perón en Venezuela; periodista, escribe en diversos medios venezolanos y argentinos.

fuerza el concepto de democracia participativa y protagónica, que implica la construcción del poder popular, o dicho de otra forma, la restitución de poder al pueblo.

Efectivamente, la construcción-creación de la lógica del trabajo va de la mano con la “incorporación” de la “democracia participativa y protagónica”, cuya vigencia está en íntima relación con el crecimiento del poder popular. Agregando a los señalamientos de Giordani, debemos señalar que en el desarrollo de la idea-fuerza del socialismo del siglo XXI se han venido incorporando otras cuestiones relevantes: la necesidad de construir un nuevo movimiento obrero que supere las prácticas corporativas, lo cual significa ensayar –e inventar– una nueva relación entre este componente decisivo de cualquier proyecto revolucionario con otros componentes-protagonistas que configuran el campo popular; la perspectiva de género y la construcción de una cultura que supere al patriarcado; la cuestión de la territorialidad y sus diferentes dimensiones; el replanteamiento de la idea de nación, incluyendo la diversidad étnico-cultural que la compone, teniendo como horizonte la creación-fundación de una nueva nación popular, etc.

Ahora bien, que en Venezuela se haya planteado crear este nuevo socialismo no significa que se lo haya logrado más allá de todas las transformaciones realizadas. El propio Chávez, tal como lo citamos líneas arriba, se encargó de subrayar que la “formación socioeconómica” de Venezuela “todavía... es de carácter capitalista y rentista”, que es necesario “pulverizar completamente la forma de Estado burguesa”, etc. Pero además, en su Golpe de Timón, reafirmó que “el socialismo no se decreta” y rechazó que a cualquier cosa se denomine “socialista” porque sí. Y como demostración de su rol pedagógico apeló al viejo cuento popular del chigüire [carpincho]:

Yo soy enemigo de que le pongamos a todo “socialista”, estadio socialista, avenida socialista, ¡qué avenida socialista, chico!; ya eso es sospechoso... porque uno puede pensar que con eso, el que lo hace cree que ya, listo, ya cumplí, ya le puse socialista, listo; le cambié el nombre, ya está listo.

Eso es como el chiste del chigüire y los indios. Llegó un cura español, eso hace muchos años, en semana santa, recorriendo por allá los campos indios de los llanos y entonces llega a un pueblo indígena y están los indios allí, bailando y tal, ellos tienen sus formas de festejar, sus dioses, sus códigos, su gastronomía; entonces el cura les dice: “Ustedes no pueden estar comiendo cochino en semana santa. El jueves santo tienen que comer pescado o chigüire”. Porque había un cochino gordo ahí y él intuyó que lo estaban esperando y entonces [*les pregunta*]: ¿entendieron? “Sí, entendimos”. “No pueden comer cochino ni carne de ganado”; entonces, el cura antes de irse los lleva al río a bautizarlos y les pregunta: “¿Usted cómo se llama?”. El nombre indio, Caribay. “No, no, qué Caribay, usted se llama Juana. Nombres cristianos hay que ponerle a la gente”. Y ¿usted cómo se llama? Otro nombre indio, Guaicaipuro. No, qué Guaicaipuro ni qué nada, usted se llama Nicolás. Se fue y regresó el jueves santo y vio que estaban los indios bailando y asando el cochino: “¿Cómo es posible que ustedes se van a comer ese cochino? Yo les dije que no podían comer cochino”. Entonces, le dice el cacique: “No, nosotros solucionamos el problema. Bueno, ese cochino lo bautizamos y le pusimos chigüire”.

Le cambiaron el nombre, lo llevaron al río y lo metieron en el agua, “cochino, tú te llamas chigüire”, y se comieron el cochino.

Así estamos nosotros con el socialismo: “Tú te llamas socialismo, chico”, pero sigues siendo en el fondo cochino.

Esta lección extraordinaria y sencilla –entregada por Chávez en octubre de 2012– puso de manifiesto, de manera contundente, que el socialismo seguía siendo un gran desafío a 13

años de iniciada la revolución bolivariana. Y en la actualidad –sin duda alguna– sigue siendo la mayor apuesta de realización de la sociedad profunda, enfrentando la trama de contradicciones que plantea la ofensiva imperialista, la campaña contrarrevolucionaria de la burguesía desplazada del poder político y los obstáculos plantados por la burocracia que se resiste a la profundizar la revolución y al empoderamiento popular.

Esta ponencia prescinde de un análisis de la coyuntura venezolana en este 2015. Existen al respecto numerosos textos publicados recientemente, que dan cuenta de una acumulación de dificultades acarreadas por los movimientos u operaciones del entramado que mencionamos anteriormente. Sin embargo, tratando de mirar un poco más allá y también volviendo al recorrido de los últimos 16 años, las dos cuestiones que tratamos: el desarrollo del poder popular y la posibilidad de transición al socialismo siguen configurando como presencia y como telón de fondo, respectivamente, la escena contemporánea de la revolución bolivariana. El desarrollo del poder popular-comunal –y seguramente de otras formas semejantes– requiere de la movilización y de un gran esfuerzo de sus protagonistas, de sus creadores/as, toda vez que no se trata de algo abstracto o imaginario sino de una construcción-confrontación concreta y cotidiana que viene agrietando esa trama. La posibilidad de avanzar en la transición al socialismo, sin trazar una línea que demarque su inicio sino concibiéndola como un proceso con idas y venidas, guarda una íntima relación con el desarrollo de ese poder popular. Se trata de una relación dialéctica, en movimiento constante, que puede crecer en la patria bolivariana y por ende en Nuestra América.

Por otra parte, la posibilidad de la transición al socialismo requiere también ensayar la creación de una nueva planificación de la economía en el contexto de la democracia participativa.¹⁹ Este aspecto –que sólo mencionamos de paso, sabiendo que requiere de un análisis más amplio– significa también otro gran desafío: se trata de la diversificación de la matriz productiva redistribuyendo para este propósito –en primer lugar– la renta petrolera nacionalizada a partir de las propuestas de los Consejos Comunales y de las Comunas, en una relación permanente con el Estado. Se trata, por lo tanto, de la construcción de una nueva geometría del poder, en la cual el Estado en transformación recibe el diseño y diseña tal o cual plan de producción, que a su vez puede modificarse al pasar la prueba de la vida. Esto va de la mano con la creación de una nueva cultura productiva, que supere la tediosa “cultura rentista” heredada y sobreviviente. En este sentido, el ensayo es diferente a otros intentos de “planificación socialista” realizados en el siglo XX. Y su posible crecimiento, basado en la autoorganización, la movilización y la educación popular, plantea el arrinconamiento y la pérdida del poder de la burguesía.

Finalmente, no sólo la posible transición al socialismo sino la supervivencia misma de la revolución bolivariana en su estado actual, requieren –como mínimo– de un escenario continental favorable. Al comenzar el siglo XXI, la revolución bolivariana empalmó con un proceso ascendente de la lucha de clases a escala continental. Ese proceso reconfiguró la relación de fuerzas en un sentido favorable a nuestros pueblos. En ese contexto surgió en Nuestra América la idea-fuerza del socialismo del siglo XXI. En la actualidad, sin embargo, comienzan a notarse cambios de relativa importancia que apuntan a modificar esa relación

¹⁹ Véase: Orlando Borrego, *Rumbo al socialismo/Problemas del sistema económico y la dirección empresarial*, República Bolivariana de Venezuela, 2009.

de fuerzas. Y seguramente un seguimiento de tales cambios permitirá una comprensión precisa de las posibilidades realmente existentes. Dicho lo anterior, queremos subrayar que la posibilidad del socialismo no está planteada como “encierro”, en este caso concreto en Venezuela, sino como apertura, como construcción de relaciones solidarias con otros pueblos. Su “nacionalismo de tipo defensivo”, que se erigió como bandera contra el neoliberalismo y como rescate de la dignidad de los/las excluidos/as, se tradujo inmediatamente en “una posición positiva del internacionalismo”, ganando la simpatía y el apoyo de otros pueblos del continente, pero además articulando una nueva integración nuestra-americana. A diez años de la derrota del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), sufrida por el imperialismo gracias a la pujanza de nuestros pueblos, la posibilidad de ir más allá, trazándonos un horizonte de liberación, sigue estando presente. Bienvenido sea el debate.

Bibliografía

- Borrego, Orlando: *Rumbo al socialismo/Problemas del sistema económico y la dirección empresarial*, República Bolivariana de Venezuela, 2009.
- Castañón, María del Pilar: *Ideología y revolución/Cuba, 1959-1962*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- Guerrero, Modesto Emilio: *Venezuela 10 años después/Dilemas de la revolución Bolivariana*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2009.
- *Una revuelta de ricos/Crisis y destino del chavismo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2014.
- Giordani, Jorge: *La transición venezolana al socialismo*, Vadell Hermanos Editores, Caracas-Valencia, 2009 (5ta. Reimpresión, 2014).
- Gunder Frank, André: *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*, Editorial Laia, Barcelona, 1972.
- Kries, Rafael: *Los viejos del Cordón Industrial*, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 2013.
- Mészáros, István: *El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas-Valencia, 2009.
- Ryan, Micaela y Prieto, Fernando Vicente: *La construcción del Estado Comunal: recorrido y proyecciones ante una nueva etapa de la revolución bolivariana*, Debates Urgentes, Año 2, N° 3, 2013.
- Diarios: *El Universal y Vea*, Caracas, 2014